

Calendion, ordenado del mismo modo despues de la muerte de Esteban, que ocupó aquella Silla poco tiempo, fué reconocido tambien por el Papa á quien las mismas circunstancias movieron á observar igual conducta.

La ancianidad decrepita, ó mejor diremos, la muerte de Timoteo Eluro, impidió que se le echase de Alejandria (1). Dícese que abrevió su fin para evitar la ignominia de la deposicion, y que despues de haber tomado un veneno, predijo su muerte para sostener su fama de profeta; usando, al fin de su carrera, de la misma hipocresía que habia empleado para echar los cimientos de su prosperidad. Dejó discípulos llamados timoteanos, que sin ser del todo eutiquianos siguieron reprobando el Concilio de Calcedonia. Los obispos hereges diéronle por sucesor á Pedro Mongo, es decir, tartamudo, que fué ordenado clandestinamente por un solo obispo, lo que desagradó de tal suerte al emperador, que dió orden para confinarle y castigar á los autores de esta intrusion, restableciendo al legitimo patriarca Timoteo Solofaciolo.

La extrema dulzura de este Timoteo habiale empeñado en un paso que fué sensible al Papa Simplicio, como nos consta por una carta en que el Pontífice se queja á Acacio de que Solofaciolo habia permitido que se recitase en el altar el nombre de Dióscoro; pero Simplicio quedó satisfecho poco despues por tres diputados que le envió el patriarca de Alejandria, avisándole su restablecimiento, y asegurándole que el nombre de Dióscoro quedaba ya borrado de los dípticos; y aun se pidió perdon al Sumo Pontífice, y se le presentó la abjuracion de los egipcios que habian sido sobornados por Timoteo Eluro y Pedro Mongo. Los obispos de Asia seducidos en gran número por la

(1) *Lib. Breviar. cap. 16.*

carta circular de Basilisco, hicieron tambien su retractacion, dirigiéndola al patriarca de Constantinopla. Para disminuir la gravedad de su culpa protestaban con juramento que solo habian suserito por violencia y que nunca habian tenido otra fé que la del Concilio de Calcedonia.

En Palestina se hizo la reunion en tiempo del patriarca Martirio, sucesor de Anastasio, con circunstancias mucho mas notables. Martirio, á quien no debemos confundir con el patriarca de Antioquia del mismo nombre, habia nacido en Capadocia; pero su fervor le habia llevado á Egipto y á las soledades de Nitria, donde profesaba la vida de anacoreta cuando los cismáticos mataron á Proterio, sucesor de Dióscoro. Todo fué entonces confusion en los mas piadosos desiertos lo mismo que en las ciudades, y el fervoroso anacoreta se vió obligado á huir con un compañero llamado Elias. Llevólos á Palestina la nombradía de San Eutimio, donde este santo abad, por un primer presentimiento de lo que habia de acontecerles, se sintió desde luego inclinado á ellos con un amor singular, y pronto tuvo revelacion puntual de que ambos serian elevados sucesivamente á la Silla patriarcal de Jerusalem. Despues de la muerte de San Eutimio los llamó á sí el patriarca Anastasio, los ordenó de presbíteros, y los agregó al clero del Santo Sepulcro.

Sacaron de allí á Martirio para ocupar la Silla patriarcal, y asi que le ordenaron envió al diácono Fido á Constantinopla, para lograr proteccion contra el atrevimiento desenfrenado de los hereges que le causaban continuos temores acerca de la salvacion de su pueblo. Fido se hizo á la vela en Joppe, pero sufrió un naufragio, en el que infaliblemente hubiera perecido sin la prodigiosa asistencia de San Eutimio, que se le apareció habiendo muerto poco antes. El Santo le dijo: «vuestro viage no es ne-

cesario; volved al que os envia, y decidle de mi parte, que no se aflija por la suerte de sus ovejas separadas, pues pronto volverán al redil. » Al decir estas palabras, envolvió con su manto al diácono Fido, que se halló sin saber cómo en la orilla, y poco despues en Jerusalem, donde se apresuró á referir al patriarca lo que acababa de ocurrirle (1).

Eran opuestas á la prediccion todas las apariencias, y habiéndose pasado algun tiempo despues de este suceso, casi le habia olvidado el patriarca, cuando el abad Marciano, gefe de los cismáticos, los reunió inopinadamente en su monasterio de Be-en, donde les hizo este inesperado discurso (2): «¿hasta cuándo tendremos la Iglesia dividida, sin mas seguridad de nuestros principios que nuestros propios raciocinios? Procuremos conocer la voluntad de Dios por el método que usaron los Apóstoles, y echemos suertes entre los monges y los obispos. Si cae sobre los primeros, permaneceremos como estamos; y si sobre los pastores, nos juntaremos á ellos. » Todos aplaudieron tal propuesta. Echan suertes: cae sobre los obispos; y los monges se sometieron, no dudando que fuese esta la voluntad de Dios. El patriarca los recibió con los brazos abiertos, y con este motivo celebró una gran funcion. Solo dos abades persistieron en el cisma, y habiéndolos echado de sus monasterios, llevaron una vida errante y malhadada.

Asi prosperaban por do quiera los intereses de la fé, cuando la soberbia delicadeza de Acacio de Constantinopla, ofendida de una ligera falta de atencion, trastornó todas estas esperanzas. Provino tambien de Alejandria el principio de esta triste revolucion. Conociendo el patriarca Timoteo

Solofaciolo que sus fuerzas y su vida iban decayendo cada dia, envió á Constantinopla á Juan Talaya, presbítero, ecónomo de su iglesia, para mostrar al emperador los riesgos que la fé iba á correr en Egipto, y pedirle que el que se nombrara por sucesor suyo fuese sugeto escogido del número de los clérigos católicos. Agradaron igualmente á Zenon la súplica y el suplicante, y despidió al presbítero Juan Talaya colmado de encomios y asegurado de que la súplica seria atendida (1). Mirósele desde entonces como destinado para sucesor en la Silla patriarcal, y efectivamente, habiendo vacado poco despues, los católicos eligieron á Juan por unánime consentimiento. Al momento dió aviso al Papa y á los obispos de las Sillas principales; pero encargó á Ilo, maestro de los oficiales y su grande amigo, que entregase al patriarca de Constantinopla y al emperador las cartas que les escribia sobre este asunto.

Por desgracia se hallaba Ilo en Siria, y en tanto que el portador fué á buscarle, el altivo y caviloso Acacio supo por la voz pública la ordenacion de Juan Talaya, y miró como una injuria el no haber recibido sus cartas sinodales. Desde luego se declaró contra él, uniéndose á los protectores que Pedro Mongo tenia todavia en la córte; y de acuerdo con ellos acusó á Juan de varios delitos, y entre otros de haber conseguido su dignidad con intrigas, despues que habia jurado que no aspiraria á ella. Para cortar de un golpe todas las dificultades propusieron al emperador el restablecer á Pedro, el cual se decia ser grato á los alejandrinos, y el único que era capaz de reunir los ánimos. Persuadieron de ello á Zenon, y este escribió al Papa, que ya habia recibido la carta sinodal de Juan; y mal instruido de lo que pasaba á tanta dis-

(1) *Vit. S. Euthim. pag. 87.*

(2) *Cotel. tom. 2 Monum. pag. 306 et 307.*

(1) *Gesta Acas. pag. 1081.*

tancia de Roma, prometió en su contestación suspender la confirmación del nuevo patriarca; pero declaró al mismo tiempo que nunca consentiría en el restablecimiento de Pedro Mongo, no solo por ser cómplice, sino también caudillo de los hereges: que la profesión reciente que hacía de la verdadera fe, podía á lo mas servirle para volver á la comunión de la Iglesia, mas no para conferirle una dignidad que, en el caso que justamente se podía presumir de una abjuración poco sincera, le daba libertad para enseñar el error (1). Aunque fuese tan fundada la negativa del Papa, el emperador se dió por ofendido, y escribió á los oficiales de Egipto que echasen de Alejandría á Juan y posesionasen á Pedro de la cátedra episcopal.

Zenon, sin embargo, quiso dar algun plausible colorido á este extraño proceder, afectando asegurarse de la fe del prelado sospechoso á quien restablecía; y entonces fué cuando Acacio, convenido con los protectores y partidarios de Pedro Mongo, movió al emperador á publicar una fórmula de fe que Pedro debía firmar para tornar á la Silla de Alejandría. Tal fué la trama que dió margen al famoso edicto de Zenon, llamado *Henótico*, esto es, de unión, y que solo sirvió para llenar la iglesia de Oriente de desuniones, disensiones y escándalos con la apariencia de destruirlos. Con este pretesto, siempre tan abusivo entre las manos de los sábios del siglo y empleado de continuo con una nueva superchería, se acredita de cisma y subversion este edicto desde su preámbulo. Hé aquí cómo se explica el emperador:

«Algunos abades y otras personas respetables nos han presentado un escrito, pidiendo la reunion de las iglesias, y que hagamos cesar los funestos efectos de su división, que ha sido causa de que muchos

(1) Simp. P. *Epist.* 17.

hayan sido privados del bautismo ó de la santa comunión, y de haberse cometido una multitud de muertes. Por tanto, declaramos que no se debe recibir otro simbolo que el de los trescientos diez y ocho Padres de Nicea, confirmado por los ciento cincuenta de Constantinopla, y seguido por los de Efeso, que condenaron á Nestorio y á Eutiques. Recibimos tambien los doce anatemas del bienaventurado Cirilo, y confesamos que nuestro Señor Jesucristo, Dios, Hijo único de Dios, que encarnó verdaderamente, es consubstancial al Padre segun su Divinidad, y á nosotros segun la humanidad; el mismo que bajó del cielo y encarnó del Espíritu Santo y de la Virgen María Madre de Dios, es un solo Hijo, y no dos. Decimos que es el mismo Hijo de Dios, que hizo milagros y padeció voluntariamente en su carne, y de ninguna manera recibimos á los que dividen ó confunden las dos naturalezas; y condenamos á cualquiera que crea ó haya creído antes otra cosa, ya fuera en Calcedonia, ó en cualquiera otro Concilio que sea, y principalmente á Nestorio, á Eutiques y á sus secuaces. Reunios, pues, con iguales sentimientos que nosotros á la Iglesia nuestra madre espiritual (1).

Este es el famoso *Henótico* de Zenon, que parece tan opuesto á los errores de Eutiques como á los de Nestorio y de todos los hereges. No obstante, hacia triunfar á los eutiquianos, porque no recibía el Concilio de Calcedonia como los otros tres, y antes bien parecia atribuirle errores.

Asi que este edicto fué muy pronto recibido por los enviados y por todos los secuaces de Pedro Mongo, aunque notoriamente hereges. Despues de esta pérdida formalidad por su parte, comunicó Acacio fácilmente con ellos, puso de nuevo en los dipticos el nombre de Pedro Mongo, y le reconoció por legitimo patriarca de Alejandría, en virtud de la promesa que hicieron en su nombre algunos cuya fe era tan sos-

(1) Evagr. *lib. 3 hist. cap. 14*; Nicephor. *lib. 10, cap. 18*.

pechosa como la suya. Pergamio, que acababa de ser elegido nuevo duque de Egipto, llevó allá juntamente con los diputados los órdenes del emperador, y el rumor de estas noticias habia ya puesto en fuga á Juan Talaya. Asi el intruso, único señor de la Silla patriarcal, recibió el *Henótico* en triunfo, y principió á poner en planta los medios de hacerle recibir por todo el Egipto. En los dipticos de Alejandría restableció los nombres de Dióscoro y Timoteo Eluro, despues de haber borrado los de Proterio y Timoteo Solofaciolo. Desenterró el cadáver de este, y mandó echarle ignominiosamente fuera de la ciudad (1), y aun traspasando los límites fijados en el mismo edicto, y desmintiendo todo lo que acababa de prometer al emperador y al patriarca de Constantinopla, dijo anatema con el mayor atrevimiento al Concilio de Calcedonia y á la carta de San León.

Mostróse Acacio sobremanera perplejo con la nueva de este último atentado que apenas podia creer, y trató de instruirse, enviando á Egipto algunas personas (2). Pero Pedro, á quien nada costaba la mentira despues de tantos escesos, lo negó todo desvergonzadamente y sin temor de verse pronto confundido; y aun aprobó espresamente el Concilio de Calcedonia, del cual habla con mucho honor en su contestación á Acacio. Igualmente escribió al Sumo Pontífice, asegurándole que admitia con respeto aquel Concilio; y esto en el momento mismo en que le reprobaba públicamente delante de los egipcios. Esta inconstancia, ó mas bien esta maldad é impiedad alejó de él á muchos de sus parciales. La discordia, compañera inseparable del error y de la mala fe, dividió á los cismáticos en una multitud

de conventículos sin subordinación, sin armonía, sin cabeza y sin patriarca.

En cuanto al obispo legitimo, apeló á la Sede Apostólica á imitación de su ilustre predecesor el grande Atanasio, y pasó como él á Roma. El Papa le recibió con una ternura paternal, y emprendió su defensa con vigor; pero la muerte privó á la Iglesia de este digno gefe despues de un pontificado de quince años y cinco meses. De Simplicio tenemos muchas cartas, entre las cuales hay tres que merecen una grande atención. La primera es á Zenon, obispo de Sevilla; al cual en premio de su celo, le constituyó vicario de la Santa Sede en España para velar sobre la observancia de los cánones (a). En la segunda, escrita á Juan de Ravena, le reprende con severidad por haber ordenado á un tal Gregorio contra su voluntad. Por esto el Papa señala á este Gregorio el gobierno de la iglesia de Módena, con la obligación de no tener nada que ver con Juan, y bajo la sola dependencia de la Santa Sede. Atribúyete tambien el usufructo de una tierra de la iglesia de Ravena por el tiempo de su vida, quedando la

(a) Hé aquí esta Epístola: «Simplicio, al muy amado hermano Zenon: Por relación de muchos hemos sabido que con vuestra caridad y gran fervor [de espíritu], os conducís tan bien en el gobierno de esa iglesia, que con la ayuda de Dios no hay por qué temer la furia de ninguna tempestad. Por donde, alegrándonos con tales nuevas, nos ha parecido bien honrar y engrandecer vuestra persona con la autoridad y oficio de vicario de nuestra Sede Apostólica, para que armado con esta fuerza en ningun modo permitais que se quebranten ó traspasen los decretos apostólicos ó de los Santos Padres: que razon es que sea ensalzado con digna remuneración aquel por quien sabemos haberse aumentado el culto divino en esas regiones. Dios te guarde con toda salud, hermano carísimo.» De aquí aparece que aunque por este tiempo todo ó casi todo el señorío de España era de reyes arrianos, no por eso dejaba de haber muchos prelados celosos y súbditos verdaderamente católicos, prontos á padecer por la verdadera fe cuando llegara el caso. Ya vimos algo de esto poco há en el recurrir á la Silla apostólica nuestros prelados, y luego vemos que años adelante tampoco faltaron buenos prelados y súbditos aun cuando los reyes eran mas crueles. (N. del E.)

(1) Vict. Tur. *Chron.*

(2) Evagr. *lib. 3 hist. cap. 16*.

propiedad á esta iglesia. Declara al obispo Juan que si recae de nuevo en el mismo desliz, será privado de todas las ordenaciones de su provincia. En la tercera de estas cartas el Papa priva á Gaudencio, obispo de Auzio, de la potestad de ordenar, por haber hecho ordenaciones ilícitas; y encarga á un obispo vecino que ejerza esta función en la diócesis. Hace de las rentas de esta iglesia una distribución mucho mas notable. «Solo tenga Gaudencio, dice, la cuarta parte de ellas, asi como de las ofrendas de los fieles, de que no sabe hacer uso. Dos partes se emplearán en reparar los edificios, en la hospitalidad y en el socorro de los pobres. A los clérigos se les repartirá la última, segun su mérito. Téngase cuidado, añade, de que se restituyan estas tres partes de renta que el obispo se ha apropiado durante tres años.»

Solo vacó seis dias la Santa Sede por la muerte de Simplicio, al cabo de los cuales fué nombrado Felix II, romano de nacimiento, el 2 de marzo de 483. Este nuevo Pontífice se propuso seguir religiosamente las huellas de su antecesor. Simplicio iba á condenar el *Henótico* de Zenon cuando le cogió la muerte: Felix, sin condenarle por un decreto formal, para no irritar mas el ánimo de este príncipe, le desaprobó suficientemente para impedir los efectos de este edicto seductor, que á pretexto de reunir el rebaño de Jesucristo, dispersaba las ovejas y las substraía aun de los pastores de las Sillas principales; y por otra parte era un monumento injurioso que atentaba visiblemente á los derechos mas sagrados de la potestad espiritual, la prescribía leyes sobre los objetos en que es mas independiente, se entrometía á enseñar á los doctores, y queria obligar á los primeros prelados á suscribir un nuevo símbolo de fé.

Entretanto Talaya, que habia acudido á

la Santa Sede, continuaba en Roma, y seguia pidiendo su restablecimiento. Interin se lograba concluir felizmente un asunto tan espinoso é importante á la quietud de toda la Iglesia oriental, le confirió el Papa el obispado de Nola, en donde murió antes que se pudiese finalizar su causa; pero vivió suficiente tiempo cerca del Pontífice Felix para hacerle conocer perfectamente el carácter altanero y falso de Acacio de Constantinopla, sus pésimas intenciones, su inestabilidad en los buenos principios y todo cuanto se podia temer de tal prelado. Para proceder con la mayor madurez, congregó el Papa un concilio de los obispos de Italia, en el cual se determinó enviar diputados al emperador para quejarse de los males ocasionados á la Iglesia, y para pedir con eficacia que Pedro Mongo fuese echado de Alejandria, y se citase á Acacio para contestar á las acusaciones de Juan Talaya. En su consecuencia el Papa escribió á Zenon y al patriarca Acacio.

La carta al emperador, aunque está llena de protestas de respeto y de deferencia muy propias para conmover á este príncipe, no dejaba de mostrar una magnanimidad apostólica, y daba á conocer á Felix por un digno sucesor de Pedro, á quien ninguna consideracion humana impedia sostener con vigor la verdad (1). Recordaba á Zenon lo que habia causado la caída del tirano Basilio y le habia restablecido á él mismo en el trono: le decia que sus enemigos se arruinaron oponiéndose al Concilio de Calcedonia, y que él habia recobrado el poder supremo desechando los errores de sus contrarios; y añadiale que el agradecimiento debia empeñarle á librar á la Iglesia de sus infames enemigos, del mismo modo que Dios habia libertado su Estado de un rebelde y de un tirano. Por cuanto hay mas

(1) *Epist. 1, tom. 3 Concilior.*

respetable y sagrado le pedia que procurase tener propicio al Señor, proponiéndose el ejemplo de los emperadores Leon y Marciano, de quienes era sucesor legitimo. Representábale por último sus mismos ejemplos, y cómo al subir al trono habia escrito á Roma á favor del Concilio de Calcedonia, declarándose contra el usurpador de la Silla de San Márcos, esto es, contra Pedro Mongo y contra sus secuaces y patronos.

En la carta á Acacio reprende el Pontífice á este político irreligioso sus tergiversaciones y su afectado silencio sobre unos objetos, en que tanto interesaba á la edificación de la Iglesia que se explicase claramente; y recordando tambien el estrafio proceder del emperador, tan contrario á lo que habia dado motivo de esperar, le dice (1):

«Vos debiais representar á este príncipe lo que él mismo hizo contra Pedro de Alejandria y á favor de Timoteo el católico; porque bien se sabe el crédito que teneis con Zenon. ¿Por qué pues, no le empleais en apartar al emperador de restablecer la heregia que habia abatido? ¿Qué os servirá sin esto el celo que manifestásteis contra el primer fautor de la impiedad, es decir, contra el tirano Basilio? ¿Quereis perder la recompensa eterna? ¿Quereis perderos para siempre á vos mismo, por haber entregado á los lobos carnívoros el rebaño del Señor ó á lo menos por haber huido como un cobarde mercenario? No, no podreis disculparos ni aun con el pretexto vergonzoso del temor y de la cobardia; pues se sabe muy bien que nada teneis que arriesgar en este mundo; pero temed la eternidad, y esto es lo que por vos me hace temblar. Yo estoy tranquilo sobre la suerte de la Iglesia que no pade de vuestros esfuerzos ni de los míos, despues de las promesas de Jesucristo; pero temamos la suerte del culpable piloto que abandona el timon mientras ruge la tempestad. La nave de la

Iglesia se conservará; pero los que la abandonan y los que se apartan de ella, perecerán infaliblemente; y abandonarla es no cuidar de su seguridad.»

Pero Acacio habia tomado ya su partido, y asi toda la elocuencia del Pontífice no fué bastante para hacerle mudar de resolución.—No estaba mejor dispuesto el emperador; por manera que los obispos Vital y Miseno, enviados por el Papa á Constantinopla y portadores de sus cartas, en vez de los honores concedidos en tales casos á la primera Silla, y en lugar de ver acudir al obispo y al clero á recibirlos, encontraron á la entrada del estrecho una compañía de soldados que los registraron y los aprisionaron despues de haberles quitado sus papeles (1). Sobre todo se temía que llevasen cartas de Roma capaces de conmover los ánimos en Constantinopla; mas nada de esto encontraron, y se conoció por las instrucciones del Papa á sus legados, que llevaban prohibicion de comunicar con Pedro Mongo, y aun con el patriarca Acacio. Se valieron con ellos de las amenazas de muerte, de los halagos y presentes para hacerles prometer lo contrario: estos medios produjeron su efecto, y entonces los sacaron de la torre de Abidos en donde se les habia encerrado. Entraron en la ciudad, y mandaronles comparecer en público y en el lugar santo con Acacio y con los apocisarios de Pedro Mongo, á quien reconocieron por obispo legitimo de Alejandria; escándalo enorme que envalentonó tanto á la faccion herética, que desde entonces se leyó en alta voz en las tablas sagradas el nombre de Pedro Mongo, que antes de la llegada de los romanos se contentaban con que se leyese en voz baja.

Este es el oprobio de que éstos dos legados cubrieron á la Santa Sede; pues el tercero que era Felix, defensor de la Iglesia romana, correspondió á todo lo que este

(1) *Liber. Breviar. cap. 18.*

(1) *Fel. P. Epist. 6, ad Aca.*